

# LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Itzel Bruno

“Lo mismo que un saludo”

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*

Número 67, enero-marzo de 2024, pp. 71-73.

ISSN: 01855727

Xalapa, Veracruz, México



Universidad Veracruzana  
Dirección Editorial

*La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana*  
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000  
Xalapa, Veracruz, México  
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

y es casi nula la acción, eso parece carecer de importancia pues el conflicto se encuentra dentro del protagonista, donde batallan su grandilocuente visión del entorno y su sensible alma en cada párrafo, entre palabras rebuscadas y cargadas de suntuosidad que enmarcan perfectamente la profundidad del carácter de Álvaro.

Es cautivadora la capacidad que la escritora le da al protagonista para describir su cada vez más débil pasión por el entorno, uno que al paso de cinco semanas en aquella sombría incertidumbre contemplará únicamente desde dentro de la casa, cual espectro que incesantemente rasca la pared de su celda.<sup>1</sup> La esencia curiosa de Álvaro es arrancada como una hierba marchita para en su lugar dejar la sombra del inevitable delirio que le hará preguntarse: “¿Es posible que yo no sea el que creí ser?”

Hasta cierto punto, uno como lector puede llegar a sentirse exasperado por el sobrepensar y la autocompasión que el protagonista expresa a cada vuelta de página. Pero ese sentimiento crece también silenciosamente dentro de nosotros, y la desesperación se torna en una reflexión que nos obliga a vernos en ese reflejo casi satírico, uno que no nos deja mentir pues, al igual que Álvaro, tememos molestar al mundo con los problemas que en voz alta se hacen diminutos: nos aterran las casas vacías, en las que únicamente se escucha el eco de nuestra soledad, deambulamos sin sentido en un mundo que no para de olvidar que existimos, pensamos mil posibilidades de una única imaginaria situación y una parte de nosotros muere ante la idea de estar lejos del hogar construido y reconstruido con los ojos del aprecio. Detestamos el existencial desamparo, pero aun así nos asusta la idea de la vida, cada lugar que pisamos es una casa ajena en

la que parecíamos estar viviendo sin permiso. Y así, sin más, nos convertimos en Álvaro Lucero, perdido en un país rebosante de magnificente nostalgia.

Desde mi infancia mi mente me asechaba, alta y monstruosa, desde las esquinas de mi cuarto; me dolía pensar, nunca sabía si mis ideas o mi imaginación traerían consigo “un concierto de infiernos”.<sup>2</sup> Me acosaba la pregunta ¿cuánta lucidez es demasiada lucidez? A veces se pudiera pensar que nunca es suficiente; otras, que el exceso transmuta en delirio. En esta novela vive un fragmento de la respuesta a esta cuestión: no hay nada parecido a la lucidez, no existe tal cosa, solamente una idea de esta. Al terminar *Cuando los gatos esperan*, conseguiremos darnos cuenta de que nos observamos solos y nada importa, no como una condena sino como un consuelo; esta es una oda a la libertad que nos invita a sentir y actuar fuera de las expectativas. Podemos ver la esperanza agonizar en cada muro<sup>3</sup> o dejarnos fascinar por cómo esta renace con las primeras flores de las jacarandas cada año. La decisión de enfrentarse a sus páginas y no salir indemne es tuya. **LPyH**

#### NOTAS

<sup>1</sup> Referencia a Virginia Woolf, *La señora Dalloway*, 1925.

<sup>2</sup> Arthur Rimbaud, Fragmento de “Noche del infierno”, *Una temporada en el infierno*, 1873.

<sup>3</sup> Referencia a la última página de *Cuando los gatos esperan*.

**Sofía Mercedes Piña Santoyo** es estudiante de Ciencia Política en el Colver. Ha sido finalista en escritura creativa de la Genius Olympiad. Actualmente trabaja en la SEV.

## Lo mismo que un saludo

Itzel Bruno



**Jhumpa Lahiri**, *El atuendo de los libros*, trad. de Jacobo Zanella, pról. de Carla Faesler, México, Gris Tormenta/UV, 2022, 91 pp.

**E**l sentimentalismo a menudo nos hace poseer libros como objetos, sentirnos satisfechos por acumularlos. Pero también es inevitable que signifiquen algo importante porque nos gusta verlos como compañeros en circunstancias adversas, porque a menudo llegan como obsequios de personas especiales o porque nos encuentran en instantes “de inadvertida felicidad”, como un buen amigo refiere a partir de otro libro. Evocan recuerdos enmarcados por sensaciones, charlas extensas y amenas o agotadoras discusiones (encantador que los libros sean causantes del inicio o fin de muchas relaciones).

Pero hay una razón menos romántica y más impulsiva de cómo llegan a nuestras manos: la portada. Simple y llanamente los hemos comprado porque algo vemos en sus portadas que nos atrapa. No es exagerado decir que caímos en una trampa. De eso nos habla Jhumpa Lahiri (narradora y ensayista indobritánica-estadouniden-

se, ganadora del Premio Pulitzer de Ficción en 1999 por *El intérprete del dolor*, una colección de relatos) en *El atuendo de los libros*.

El común denominador de las cubiertas de los libros es que son, por un lado, un enigma –¿qué quieren expresar?– y, por otro, uno de los elementos más carentes de exploración creativa dentro del proceso editorial de un libro –no hablemos ya de una obra literaria–, al menos históricamente hablando. Por supuesto, hoy ya existen numerosas excepciones y las ha habido siempre en la historia de la edición, pero no significa que la portada no quede a menudo relegada a la mezquina interpretación de un grupo reducido de miradas, que además excluye en buena medida a los propios autores.

El texto de Lahiri es breve y ameno en tanto que lo escribió para la inauguración del Festival degli Scrittori de 2015, y ahora Gris Tormenta lo rescata para su colección Editor, dedicada a reflexionar sobre el cada vez más alumbrado quehacer editorial.

Ella, al igual que Carla Faesler en el prólogo, nos muestra cómo han transitado las portadas o cubiertas por su identidad tanto personal como literaria. Y lo hace hablando, para comenzar, de un elemento tan susceptible de ser juzgado como las portadas: nuestros atuendos. ¿Existe algo más impactante sobre nosotros, en una primera impresión, que la ropa que vestimos? Lo que transmitimos a otros por primera vez tiene que ver, en un porcentaje muy elevado, con nuestra ropa. Después vienen el lenguaje corporal, los gestos y ademanes, nuestro volumen y tono de voz. Ya a lo último se descubre –¿realmente?– nuestra esencia, pero esto solo sucede cuando se consolida una relación de confianza, incluso de aceptación o costumbre hacia el otro, que se cultiva con el tiempo... o se termina porque no resultó en lo que se esperaba.

Así es una relación con un libro cuando comienza por medio de la portada: solo con el paso de las páginas se sabe si el libro ha llegado a ser valioso más allá de lo visto en la superficie. En el peor de los casos, como sucede también con las personas, quedan como *souvenirs* en una colección de objetos que, como bibliómanos, nos enorgullecemos de poseer, aunque se encuentren en un estatismo permanente; libros que nos ilusionaron fugazmente pero con los que no se pudo mantener el compromiso de lectura.

*El atuendo de los libros* no es un análisis riguroso o histórico de las portadas o la industria editorial, sino que habla tanto del deseo de adquirir ejemplares por su portada como de lo que significa para Lahiri ser autora de libros reinterpretados visualmente decenas de veces.

Lahiri transmite tal sinceridad que nos expone qué significa vivir con miedos, inseguridades y presiones por encajar en la sociedad adquiridos desde pequeña como parte de la *envoltura* que todos usamos; malestares debidos al hecho de tener una identidad inacabada, desplazada hacia todos los lugares que ha habitado de manera física o cultural (India, Inglaterra, Estados Unidos e Italia auestas), relacionándolos con la (no) apropiación de sus portadas alrededor del mundo:

Para mí, pues, una cubierta equivocada no es sencillamente una cuestión estética, sino que hace aflorar de nuevo todas las ansiedades que he sentido [...] Quién soy. Cómo estoy vestida. Cómo soy vista, percibida, leída. Escribo para eludir la pregunta, pero también para encontrar la respuesta (65-66).

Y el problema del atuendo se relaciona, inevitablemente, con el



problema de ser ella misma. Pensemos en quienes encuentran en la moda un medio de expresión *vital*: no hablamos solamente de quien va *bien vestido* (lo que sea que eso signifique), sino de quien se proyecta estética y moralmente a sí mismo. Así como podemos juzgar a alguien de extravagante por su manera de vestir, así una portada puede ser un filtro, un con-



Darío Díaz: Solo huellas

dicionante para la libertad de su discurso:

La noticia de que la cubierta está por llegar suscita en mí una emoción ambivalente. Por un lado me conmueve [...] Por el otro me inquieta. Me doy cuenta de que el libro será leído. Será criticado, analizado, olvidado. Aunque

exista para proteger mis palabras, la llegada de la cubierta, que hace de puente entre los lectores y yo, me hace sentir vulnerable (34-35).

Cuando era niña se acercaba a las obras sin ningún precedente de lo que encontraría (aquí nos interpela a cada lector, más morbosos que curioso, con aproximaciones simila-

res); portada y contraportada lo decían todo porque al mismo tiempo no decían nada: no había semblanza, fotografía del autor o autora; no había citas de críticos en periódicos prestigiosos ni listas de premios obtenidos que avalaran su carrera. El libro estaba *desnudo*. Y “un libro desnudo” –dice ella–, “también puede sostenerse por sí mismo” (53). Esa desnudez, ¿no nos remite también a los vinilos en su gloriosa época, a las portadas ahora míticas de algunas bandas de rock?

En las décadas 60 a 80, los LP y CD fueron un equivalente, sin exagerar, del libro desnudo. Tenían un papel estelar, con la diferencia de que los propios músicos intervenían casi de lleno en el proceso. La imagen pretendía transmitir un concepto (conocemos las emblemáticas portadas que el colectivo Hipgnosis materializó). En este sentido, Lahiri reivindica las portadas modestas. “Esos volúmenes tenían una cualidad anónima, secreta. No revelaban nada por adelantado. Para comprenderlos había que leerlos” (51).

Para los lectores, la cubierta diseñada tiene el mismo impacto que un saludo; es la manera de entrar en la vida de una persona. Por el contrario, para Jhumpa Lahiri es la despedida de un proyecto que a veces no reconoce como suyo; algo que, *manoseado* por alguien más, le deja rastros de lecturas e interpretaciones ajenas, lo que la hace alejarse del libro para reapropiárselo después. Al final, no es insensata su postura: ella es quien hace magia con el texto y alguien más la hará con la imagen y, como en todo proceso, hay que saber poner punto final y despedirse. Ella ha cumplido: “Me indica que mi trabajo está terminado. Así que, mientras para la editorial significa el arribo del libro, para mí significa un adiós” (34). **LPyH**

**Itzel Bruno** *es...* y también *está*.